

Espíritu de lugar

Nadia Villafuerte

“Lo real es peligroso. El hábito algodona, hasta sofo-carla, la vibración de la vida. Lo que no impide, sin embargo, que ésta resquebraje de pronto el muro tras el cual nos defendemos”. Hallé esta frase en un ensayo de Esther Seligson (1941-2010) sobre Clarice Lispector.

De una manera nada azarosa, los subrayados de mi ejemplar de *A campo traviesa* (2005) fueron tropezando con frases que en su acumulación creaban señales en el mapa: al margen de que en esos ensayos Seligson mostrara su interés crítico por autoras como Yourcenar, Woolf, Mansfield o Garro, las palabras que señalé tenían campos semánticos evidentes: más que detenerme en las digresiones sobre el estilo o la circunstancia del libro en cuestión, lo que encerraba con mi lápiz eran abstracciones puras que con su destello brillaban como cuarzos. Ahí estaban, y todo en mayúscula: La Vida, El Tiempo, La Realidad, Lo Efímero, Lo Inapresable, Lo Sagrado, Lo Femenino, Lo Andrógino y quizá por último, o tal vez lo primero, el término que en mí tuvo de inmediato el fulgor de una batalla: La Insumisión. Esto, desde luego, porque en todo libro leído cada quien se topa con las imágenes que lleva dentro y desea encontrar. Pero podría decirse también que algo insinuaba Esther con lo que trazó desde entonces sin que le temblara el pulso. Algo arrojaban esos conceptos colocados ahí a la manera en la que están dispuestas las pistas en un laberinto.

Después, al leer *Cicatrices* (2009) y *Todo aquí es polvo* (2010), libro galardonado con el Premio Bellas Artes-Colima, volví a encontrar sus “huellas” permanentes: esas palabras, tan gastadas para algunos al grado de haber perdido significado, desconocidas para otros que quizá nunca se las han topado en el camino, fueron las piedras que Seligson eligió poner en su trayecto. Lo hizo con la temeridad de quienes conocen el riesgo que supone la vocación anárquica de la escritura. Seligson supo, así parece, que cuando la naturaleza nos entrega un don, también nos da una carencia, una sed específica, la duda que pone en movimiento a lo estático.

Supongo que lo que estallaba tan vital para mí también lo fue para la autora, pues ella escribió con una congruencia poco usual en el medio literario mexicano y que no sorprende si uno lee sus primeros libros y luego *Todo aquí es polvo*, el que eligió para finalizar el viaje. En esta obra ella coloca esas enormes abstracciones en mayúsculas, pero lo hace de un modo en que El Asombro, La Memoria, La Perplejidad tienen el mismo peso ontológico que una mosca y una araña batiéndose en duelo en la esquina de su piso en Jerusalem; en la arqueología del mundo familiar con sus huellas y su promesa de derrumbe; en el *¿Por qué debería detenerme?* que repitió como *ritornello* frente a ideas, amantes, hijos, domicilios postales, mientras soltaba amarras; o en la simpleza improductiva de la cerveza Moravia con la que traza una época y una ciudad (el “México de comerciantes que bebían pulque, jugaban a los naipes, apostaban en el Frontón y en los palenques, amaban la cacería, los toros, las excursiones, los viajes de provincia”), como si la escritura fuese un esfuerzo de orientación frente a ese extravío de existir o, en su revés, como si la escritura le diera el permiso feliz de volver a un sitio en el que nunca estuvo, y recordar significara también una huida: ella de sí misma desterrándose, abdicando de sí.

Estas categorías absolutas, no aptas para los turistas de la liviandad (tan comunes en nuestros días), los temas que le apasionaron (el estudio de las religiones, la filosofía, la traducción, el arte) formaban parte de su compulsión analítica, su búsqueda por la inagotabilidad de objetos y sujetos: lo mismo se dedicó a fabular que a escribir ensayos porque, hasta el más voltaireano y acaso ateo de los judíos sabe que el mundo bien puede ser un *Talmud* laico que merece discutirse, comentarse y ampliarse con un nuevo comentario. Sólo que esos grandes temas aparecen en *Todo aquí es polvo* bajo el cariz de una circunstancia personal: aquí Esther, personaje y autora, pone la materia de su biografía como un mapa para ejercer uno de sus oficios más caros: irse de casa



sin salir de casa, viajar rumbo a ese sitio, el más subversivo que apelaba a los hallazgos como a las frustraciones, y en el que Esther entraba y salía sin necesidad de pasaporte: el lenguaje.

Este libro es el más personal: va de la infancia a los lugares que amó (España, Jerusalem, Lisboa, el sur de la India, por supuesto México), de sus orígenes a los episodios conyugales, de la narración lúdica a los momentos crueles en donde la muerte tomó altura para envolverlo todo, pero el recorrido, en ningún momento lineal sino interrumpido —rota la avaricia de la lógica y el rito de causalidad del lenguaje—, lleno de digresiones a las que obliga la psique caprichosa que altera y reordena el tiempo a su modo, el recorrido, insisto, no tiene ningún afán de justificar nada, de maquillar su rostro, ni de saldar cuentas o de hacer de la nostalgia un espectáculo. Este recuento de vida responde a los deseos obsesivos de los seres de fuego: en este caso, el de una mujer que nunca dejó de cuestionarse sobre muy variados temas, y sobre todo, el de una autora que se permitió encarar, divertida y también exhausta, su historia. Animal lingüístico, Seligson supo tejer, con la realidad psicológica y material, sobre esa superficie turbulenta, vulnerable, incesantemente cambiante, risible, colérica y conmovedora que denominamos cuerpo humano. Y dado que la biografía de un autor estriba, como dice Brodsky, en sus giros lingüísticos, Seligson confronta la suya sin temor a arrancar el velo con el que habitamos y dramatizamos nuestro conocimiento de la realidad, aquel mediante el cual tendemos puentes sobre lo ignoto. Y así, lírica y cáustica, interpela a aquellos que la acompañaron en su itinerario.

Viaje es otra mayúscula en sus libros: poseedora de ese “espíritu de lugar” que transforma una calle en paisaje interior, la actitud de la autora corresponde a la de una vagabunda que muy pronto conoció la dosis de tedio y decepción que supone el “estar aquí y ahora” de la existencia, la prisión de un “mundo real” que descubrimos unívoco y desprovisto de heroísmo frente a ese otro, el de la imaginación, que crece y avanza en las direcciones menos pensadas. Seguro que para el carácter impaciente de Esther viajar significó el mejor pretexto para lavar aquello que desgastaban las horas de la rutina, ese polvo de suciedad cotidiana que cubre las cosas hasta asfixiarlas. Por fortuna, el viaje la llevó también a una postura heterodoxa, ecléctica: sus pareceres frente a la filosofía, la ciencia, la medicina, la literatura, el cine, el teatro, la política o la religión estuvieron caracterizadas por su temperamento díscolo —en el sentido de aguijonear con el veneno de la duda todo régimen acomodaticio de ideas— y camaleónico, porque le importaba la reflexión que la condujera a la cara de las muchas verdades y sus reveses. No es raro que, como consecuencia, en torno de ese temperamento insumiso y de su producción literaria se haya tejido un silencio tenso y, valga decirlo, injusto.

En *Todo aquí es polvo* están las lecturas de Esther: Rilke, Shakespeare, Goethe, Bachelard, Jabès, los talmudistas y cabalistas, la Torah, Cioran. La mirada retrospectiva de quien se echó a andar para descarapelar la apariencia de cuanto hallara a su paso, y la introspectiva que supo rodearse de la suficiente distancia, aquélla que hace posible la escritura. Están los otros, sus ligaduras intelectuales y afectivas. Está la materia volátil de las cosas, y también la muerte (que para ella no sólo estaba en el final físico sino también en *la neutralidad afectiva*, en el disimulo, en la actitud mediocre, el sonambulismo, la hipocresía y la indiferencia). Está la realidad y su sentido ¿verificable?, que la llevó a querer saber *más* o a suponerla de otro modo. La angustia por lo efímero, lo mismo que una pasión por el conocimiento y la conciencia de que chocamos con la vida porque siempre estamos derivándola en otra cosa, viviéndola en la dimensión de la fantasmagoría de los deseos. Está la paradójica violencia del amor: “el único sentimiento capaz de penetrar la soledad esencial que envuelve al ser humano”.

Leer a Seligson no es fácil. Pero esto se convierte, al menos para mí, en un hallazgo. Hay autores que no tienen miedo a mostrar plenitud y hastío: sé que suena grandilocuente pero estamos en un momento en el que abundan “los libros pudibundos, libros encantadores, sin poso alguno, sin noche y sin silencio. Dicho de otro modo: sin auténtico autor” (Marguerite Duras *dixit*). *Todo aquí es polvo* es uno de esos libros que hablan de un duelo y de una celebración por el riesgo; esto es, de una autora que sólo admite opciones radicales y encontradas, y nunca las medias tintas. ▣